



Mario D. Ríos Gastelú:

El Premio Ce

Transcurría el último año de la década de los años cincuenta, cuando yo retornaba por vía férrea de una visita veraniega a la ciudad de Arica. El roce de ruedas y rieles provocaban un salto minúsculo sobre los durmientes, adormecedor por su ritmo y a la vez motivo ruidoso que no permitía conciliar el sueño, o por lo menos, la continuidad del reposo, lo que determinaba una intermitencia entre imágenes oníricas y reales. Muy cerca del sillón en que me encontraba, se apilaban revistas y diarios capitalinos. Tal vez fue el suplemento literario de El Mercurio, el que alcancé a tomarlo, o quizá otra publicación, pero ahora, el nombre ya no importa, sino su contenido. Era obvio que en aquellas páginas dedicadas a la literatura, había un espacio entregado a la poesía de Gabriela Mistral, la mujer distinguida con los laureles del Nobel. La lectura me llevó casi al pie de la página donde se incluía un poema que no pertenecía a la insigne poeta; tampoco a Pablo Neruda, sino a un tal Gonzalo Rojas, nombre no difundido en la magnitud que su poesía reclamaba. Para mí era un desconocido.

Pasaron los años, digamos treinta o algo más, cuando Pablo Neruda se convierte en el segundo Nobel chileno y, con él, se consolida el prestigio de la poesía trasandina. Pero Chile, en su literatura, no se limita a Mistral y Neruda, pues una figura de asombroso talento compartía la admiración de los lectores, aunque su nombre, sólo su nombre, se debilitaba en una suerte de involuntario e injusto olvido, ante los destellos de los poetas mencionados: Vicente Huidobro, un poeta mayor. Sombra de Neruda y luz de las generaciones llegadas al impulso de la ensoñación. No es el caso valorar a esos tres bardos en busca de sitios de privilegio, esto es, ¿a quién llevar a la cima de la poesía chilena en aquellos momentos? No, cada uno en lo suyo, cada uno en su grandeza. Lo que resta es preferencia del lector. Prioritariamente yo admiro a Huidobro, luego a Mistral y después a Neruda, pero es personal, muy personal.

En la agonía del año 2003, Chile volvió a ser el centro de atención de la cultura al haber sido distinguido con el Premio Cervantes el poeta Gonzalo Rojas, aquel desconocido vate de mi lectura en un tren veraniego. Rojas con sus 85 años de edad, se ubica en la ruta de los grandes poetas del firmamento universal. La distinción otorgada, no es un privilegio logrado por el mero hecho de sumar poesía a través de los años, sino por haber cantado al mundo desde las páginas de poemarios encendidos en la llama de la vivencia, del amor, del dolor y la soledad.

Hoy me encuentro frente a la memoria conservada en los libros de todas las épocas. Un rincón de mi biblioteca guarda la poesía del mundo. Allí están los tomos de Nicanor Parra, Enrique Lihn, Humberto Díaz Casanueva, Jorge Teillier, Eduardo Anguila. En algunos casos llegados en alas de antologías. Pero hoy no es necesario profundizar las ideas en esos poetas ni en los premios Nobel, pues todo gira en torno a Rojas, su obra y sus laureles.

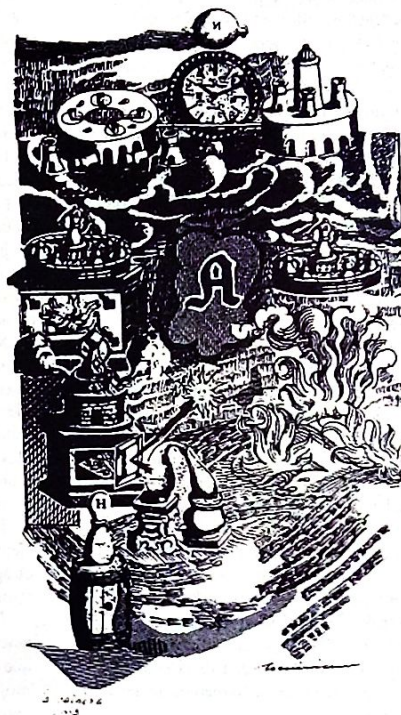
Hace algunos meses, recibí la Antología de aire, de Gonzalo Rojas, volumen que selecciona lo mejor del pensamiento poético de un octogenario que escribió la poesía de la búsqueda y del regreso. Rojas, al que leí de pasada en mis horas de juventud, penetró en mis estanterías para codearse con los más grandes bardos de la historia universal de la poesía. El libro condensa lo más representativo de su literatura, tomada de once de sus obras. Allí está la luminosidad de su poesía en franca disputa con la oscuridad. Las etapas del género poético, se abren en cada página con matices que surgen desde las fibras neuróticas de una niñez conflictiva desembocada, más tarde, en la euforia juvenil. Así surge su obra La miseria del hombre, conocida en el año 1948.

De esa época es, precisamente, aquel verso leído en un diario viajero:

*Me divierte la muerte cuando pasa
en su carroza tan espléndida, seguida
por la tristeza en automóviles de lujo:
se conversa del aire, se despide
al difunto con rosas.*

*Cada deudo agobiado
halla mejor su vino en el almuerzo.*

En su poesía temprana están los rasgos biográficos. Ellos surgen como consecuencia de lo que el poeta llama respiración. Respira la atmósfera que vive, o la que vivió en su niñez, y transcribe los latidos de esa vida; vivencia llevada a las palabras



ornamentadas por la belleza del ritmo y el sentimiento. Los libros de Gonzalo Rojas encierran en su poesía motivos para acercarnos a una vida orientada por originales sensaciones, nacidas en la intimidad de una existencia desarrollada en la estrechez de un hogar formado por padre minero, donde la esposa y siete hijos compartían las limitaciones del espacio. Gonzalo, el menor de los hermanos, fue llevado a un internado donde conoció las restricciones propias de estos centros hogareños. Toda esa experiencia cargada en horas de angustia, vuelve en la imagen del padre desde los versos de Carbón, en una innegable respiración poética, evocativa de un pasado que refresca su niñez:

*Ahí viene el hombre, ahí viene
embarrado, enrabiado, contra la desventura, furioso
contra la explotación, muerto de hambre, allí viene
debajo de su poncho de castilla.
Ah, minero inmortal, ésta es tu casa
de roble, que tú mismo construiste. Adelante;
te he venido a esperar, yo soy el séptimo
de tus hijos. No importa
que hayan pasado tantas estrellas por el cielo de estos años,
que hayamos enterrado a tu mujer en un terrible agosto,
porque tú y ella estáis multiplicados. No
importa que la noche nos haya sido negra
por igual a los dos.
-Pasa, no estés ahí
mirándome, sin verme, debajo de la lluvia.*

El fragmento del poema corresponde al libro *Contra la muerte*, publicado en 1964. En su contenido, la visión del padre surge sólo desde el recuerdo como una figura central, pues Juan Antonio Rojas ya había fallecido lo que lleva a concluir que el hijo logra un acercamiento a las imágenes de Pedro Páramo, creación de Juan Rulfo, donde padre e hijo es la misma persona. En esta etapa se acentúa la poesía del regreso, en un ciclo que vuelve al punto de partida, renacimiento continuo transmitido desde la textura de las palabras. A repetición de conceptos transformados en el verso, son como variaciones sobre un mismo tema, lo cual acentúa la búsqueda autobiográfica, o las impresiones más fuertes que el poeta haya tenido en diferentes pasajes de su vida. Esa característica de su poesía,